

"DONDE LO PEQUEÑO DEJA DE SER PEQUEÑO" LA EXPERIENCIA DE PAULINA MONTES EN SHANTI DAN, CALCUTA

AUTORES: SILVANA AVECILLA TORRES, DANIELA GISELLE CANSECO MEDINA.

ESCUELA DE MEDICINA, DIVISIÓN DE CIENCIAS DE LA SALUD.

UNIVERSIDAD ANÁHUAC QUERÉTARO.

Cuando Paulina decidió emprender una estancia internacional en Calcuta, sabía que el viaje la enfrentaría a nuevos retos y a un sistema de salud distante del que conocía. Sin embargo, nunca imaginó que la experiencia transformaría tan profundamente su manera de entender la medicina, su relación con los pacientes y sobre todo, la percepción de sí misma como futura profesional de la salud.

Lo que encontró en la ciudad —un universo rebosante de contrastes, de intensidad humana y de lecciones que no caben en un aula— la acompañará por el resto de su carrera.

El llamado de la curiosidad

Para ella, el viaje no comenzó con una certeza absoluta, sino con una pregunta. "La verdad lo que más me motivó fue la curiosidad", confiesa al recordar los momentos previos a su partida. No tenía una idea completa de lo que le esperaba, pero durante su preparación, una frase de la Madre Teresa de Calcuta resonó profundamente en ella: **"Quien no vive para servir, no sirve para vivir"**.

Esa sentencia fue el catalizador. Quería entender qué significaba realmente "servir", no desde la teoría, sino poniéndose "a los pies de las misioneras" para ver de cerca cómo se acompaña a las personas más vulnerables. Su destino fue Shantidan, una casa hogar gestionada por las Misioneras de la Caridad, destinada a mujeres con discapacidades físicas y mentales que han sufrido historias de abandono, maltrato o enfermedades que sus familias no pudieron costear



La llegada a Shantidan fue un golpe a los sentidos. Su primera impresión la describe como algo "muy fuerte", una mezcla abrumadora de sensaciones al entrar al dormitorio común. "Fue una mezcla entre la cantidad de camas, el movimiento... y el olor", relata, explicando que el aroma era penetrante debido a la incontinencia de las pacientes y la dificultad de mantener la higiene en condiciones tan precarias.

A esto se sumaba el ruido y sobre todo, "las miradas perdidas" de las mujeres. En esos primeros instantes, la confusión reinaba entre los voluntarios, quienes se sentían perdidos sobre cómo actuar o qué trato ofrecer. Sin embargo, esa barrera inicial se rompió rápidamente gracias a la calidez de las residentes. La segunda impresión, la que realmente la marcó, fueron las sonrisas: "Una vez que convivías con ellas te sonreían todo el tiempo... era como si tu presencia realmente les ayudara."

La jornada diaria exigía disciplina. El grupo de voluntarias salía a las 7:00 a.m., tomando un camión y caminando un trayecto considerable hasta llegar a la casa hogar. Al llegar, dejaban sus pertenencias y se colocaban sus mandiles, listas para recibir instrucciones de las masis (empleadas) o de las hermanas.

Las actividades distaban mucho de la sofisticación de un quirófano moderno. Su labor consistía en estar presentes: ayudar en la lavandería, asistir en clases de motricidad fina, hacer rompecabezas, pintar o simplemente darles de comer. "Seguíamos su rutina", explica Paulina, detallando cómo el día transcurría entre baños, cambios de ropa, sesiones de fisioterapia y alimentación, hasta que las llevaban a dormir.

A pesar de la repetición de las tareas, ella sentía que "cada día era algo diferente". En un sector con 63 mujeres, cuya edad promedio era de 28 años, cada rostro escondía una historia compleja que despertaba dudas sobre su pasado y sus familias.

Desafíos emocionales y lecciones de vida

Uno de los momentos más conmovedores que relata ocurrió al visitar otra casa del complejo, donde conoció a una mujer mayor que hablaba inglés fluido. Ella le contó su historia: había sido dejada allí por su propia hija.



Lo único que deseaba era reencontrarse con su hija y tenía mucha fe", recuerda conmovida por la petición constante de la mujer de que rezara por ese reencuentro y por su salida de allí.

Enfrentarse a este tipo de dolor fue uno de sus mayores desafíos personales. El "cansancio mental" de ver tanta pobreza y situaciones tan crudas día tras día pesaba más que el esfuerzo físico. La impotencia de no poder "arreglar" esas vidas fue una prueba dura, pero le dejó una enseñanza fundamental sobre su futura profesión: **"Entendí que el ser médico no es solo curar a alguien, sino también acompañarlo, escucharlo, estar ahí para él"**

Una nueva visión de la discapacidad

La experiencia transformó radicalmente su percepción de la discapacidad y el trato al paciente. Comprendió que el cuidado va mucho más allá de lo clínico; implica paciencia y dignidad.

Paulina hace énfasis en la importancia de no infantilizar a estas personas ni verlas con lástima, sino reconocer el "esfuerzo sobrehumano" que hacen diariamente para vivir.

Aprendió a trabajar la paciencia y la empatía, entendiendo que las reacciones de las pacientes a veces agresivas o difíciles a menudo provienen de traumas pasados o miedos. "No tenerle miedo al contacto" fue clave para adaptarse y encontrar su lugar.

Recuerda otro momento muy impactante que ocurrió durante una jornada comunitaria. Una madre joven llegó con su hija enferma. Paulina la ayudó a tranquilizarse, ofreciendo no solo apoyo técnico, sino también una presencia humana, pausada y respetuosa.

Días después, la mujer regresó solo para agradecerle. "Me dijo que haberla escuchado la hizo sentir segura. Esa fue la primera vez que entendí que a veces lo que más cura es la humanidad que pones en tus manos", recuerda

Ese tipo de experiencias pequeñas a la vista, enormes en significado fueron moldeando su perspectiva emocional. Calcuta se convirtió en un espejo en el que podía ver reflejada la vocación que siempre tuvo, pero que ahora comprendía desde un lugar más profundo.

Al reflexionar sobre lo vivido, define Calcuta con una idea poderosa: **"Lo pequeño no es pequeño cuando alguien lo necesita de verdad"**

Invita a no pensar en lugares como Shantidan como sitios oscuros, sino como espacios de lucha por la dignidad, llenos de una humanidad desbordante donde se celebra hasta el avance más "chiquito".

Recomienda esta experiencia a otros estudiantes de medicina que, a menudo, se encuentran atrapados en lo académico y estructurado. "Ahí en Shantidan no usas cubrebocas, no usas bata, no hay una barrera que te proteja emocionalmente", señala, destacando que es una vivencia que te hace "más consciente, más sensible y más humana".

Lo que se lleva de Calcuta no es lo que dio, sino lo que recibió: **"Calcuta me enseñó que la medicina es servicio. Es estar presente, incluso cuando sabes que no puedes hacerlo todo"**.

Esta experiencia, asegura, influirá en cómo se acercará a sus futuros pacientes, recordándole siempre que detrás de cada diagnóstico hay una historia completa, miedos y emociones que merecen ser escuchados y acompañados con calma y respeto.

